

## Zapping

“Caminó por la alameda procurando no llamar la atención...”. Suelto el libro que intento leer sin éxito por decimoquinta vez. Dejo a la protagonista andando por ese bucólico lugar y miro el reloj en un gesto automático. Mierda, tengo que hacer la puñetera cena. Mientras saco cazuelas y revuelvo la nevera espero a que se encienda el televisor de la cocina, que es como un viejo reumático intentando despertarse. A estas horas ponen el concurso ese de las palabras, que es lo poco que puedo permitirme para colmar mi afición a las letras. De repente, fantaseo con la posibilidad de cambiar el canal de mi vida, como si fuera una simple espectadora de mis días. Sería fantástico coger el mando a distancia a las siete de la mañana y poner el “Canal de la tarde”, ese en el que regreso del trabajo, con los niños a cuestas después de recogerlos del colegio, me desplomo en el sofá y olvido a mi jefe y sus gilipolleces. Me gustaría poner el “Canal de mis veintipocos”, cuando desparramaba con mis amigas por los antros de Malasaña tonteando con tíos y sustancias prohibidas sin ningún pudor ni proyecto de futuro. Deliciosamente inconscientes. ¿Y el canal “Diez años después”? ¿Saldría mi marido? A saber. Los niños sí, a ellos espero encontrármelos en el canal “Dentro de diez años”. ¿Seguirán monopolizando la programación? Estarán más grandes, más cambiados. Más maduros, no lo sé. ¿Me ayudarán los niños de ese canal a poner la mesa o la lavadora? ¿Harán solos los putos deberes? ¿Estará el dichoso perro que tanto quieren? ¿Lo sacarán a pasear? No lo tengo claro. Prefiero fantasear con los del pasado.

Mientras tanto, aquí estoy pegada a la pantalla del televisor real haciendo zapping. Saltando de concursos absurdos de adivinar la edad de un tipo gordo disfrazado con un traje que parece un pijama y lleva una barba verde a programas de citas a ciegas con personajes esperpénticos. O peor, de noticias espantosas que dejan un regusto amargo y un desasosiego difícil de olvidar. Los niños mientras tanto, juegan con su *tablet*. Le pido a Dios que estén con algún juego de moda tipo *Fortnite* o viendo videos de gatitos en *YouTube*. Leí hace poco que con doce años casi todos los niños ya han visto porno en Internet. Espero que ellos estén dentro de ese casi, porque mis intentos con el control parental en sus dispositivos han fracasado estrepitosamente. Siempre acaban por saltárselo. Tienen futuro como hackers estos capullos. No me gusta el canal que sintoniza mi cabeza ahora mismo, así que voy a imaginar que pulso la tecla de “Mi vida es maravillosa con mis gemelos recién nacidos”. La programación es simple. Salgo en la cama del hospital, dopada hasta las trancas con un chute de morfina para los dolores de la cesárea, y con los dos críos dormidos en sendas cunas. Felicidad absoluta. Qué pena que dure tan poco. Luego la programación se vuelve aburrida y desquiciante. Repetitiva hasta el infinito, como el tamaño de mis ojeras. Al poco tiempo sale un “spin off” de aquel primer programa tan genial. Otra vez yo en el hospital, otra cesárea. Pero no es tan bueno. Ya se sabe lo de las segundas partes.

En esas estoy, navegando en mi mar de caos interior cuando mi marido llega con la cara hasta el suelo. “Los niños han cenado, yo no tengo hambre, ¿tú

quieres cenar?”, le pregunto esperando que me diga que no. Me fastidiaría perderme qué casa han comprado Harry y Susan: la vieja casita del ferroviario o la del papel pintado de patitos. Por suerte no quiere. Lo que quiere es contarme algo importante.

Cinco minutos después me pregunto quién de los dos ha sintonizado el canal “Divorcio” en el salón. Discutimos a gritos hasta que entra el pequeño de tres años apuntándonos con el mando a distancia. El pobre aporrea frenético la tecla del volumen con sus deditos.